

RESULTADOS Y PERSPECTIVAS

LEON TROTSKY

Conteúdo¹

Prefacio	2
Resultados y perspectivas.	7
Las fuerzas motrices de la revolución	7
1789-1848-1905	7

¹La obra completa, presentada parcialmente en esta edición, comprende 8 capítulos: 1- Las particularidades del desarrollo histórico; 2- Ciudad y capital; 3- 1789-1848-1905; 4- Revolución y proletariado; 5- El proletariado en el poder y el campesinado; 6- El régimen proletario; 7- Las condiciones previas del socialismo; 8- El gobierno obrero en Rusia y el socialismo.

Prefacio

12 de marzo de 1919

El carácter de la revolución rusa era la cuestión principal alrededor de la cual se agrupaban, según la respuesta que daban, las diversas corrientes de ideas y organizaciones políticas en el movimiento revolucionario ruso. En la propia socialdemocracia esta cuestión provocó, desde que a causa del transcurso de los acontecimientos comenzó a plantearse de una forma concreta, las divergencias de opiniones más grandes. Desde 1904, estas divergencias de opiniones se han expresado en dos corrientes básicas: el menchevismo y el bolchevismo. El punto de vista menchevique partía del principio de que nuestra revolución era burguesa, es decir que su consecuencia natural sería el paso del poder a la burguesía y la creación de las condiciones de un parlamento burgués. El punto de vista de los bolcheviques, en cambio, aún reconociendo la inevitabilidad del carácter burgués de la revolución venidera, planteaba la creación de una república democrática bajo la dictadura del proletariado y del campesinado.

El análisis social de los mencheviques se caracterizaba por una superficialidad extraordinaria y, en principio, iba a caer en analogías históricas aproximativas -el típico método de la pequeña burguesía “cultá”-. Las advertencias de que las circunstancias del desarrollo del capitalismo ruso habían provocado grandes contrastes entre sus dos polos y habían condenado a la insignificancia a la democracia burguesa, no impedían a los mencheviques, como tampoco lo hicieron las experiencias de los siguientes acontecimientos, buscar incansablemente una democracia “auténtica”, “verdadera”, que tendría que ponerse a la cabeza de la “nación” e introducir condiciones parlamentarias, de ser posible democráticas, de cara a un desarrollo capitalista. Los mencheviques intentaron siempre y en todas partes descubrir indicios de desarrollo de una democracia burguesa, y cuando no los encontraron se los imaginaron. Exageraban la importancia de cualquier declaración o discurso “democrático” y subestimaban, al mismo tiempo, la fuerza del proletariado y las perspectivas de su lucha. Los mencheviques se esforzaron tan fanáticamente en encontrar una democracia burguesa dirigente de forma que quedase asegurado el carácter burgués “legal” de la revolución, que ellos mismos se encargaron, con más o menos éxito, durante la revolución, cuando no apareció ninguna democracia burguesa dirigente, de cumplir con los deberes de aquélla. Está completamente claro que una democracia pequeño burguesa sin ideología socialista alguna, sin un estudio marxista de las relaciones de clase, no podía actuar, en las condiciones de la revolución rusa, de otra forma que como actuaron los mencheviques como partido “dirigente” en la revolución de febrero. La ausencia de una base social seria sobre la que apoyar una democracia burguesa se demostró en las personas de los mismos mencheviques: caducaron rápidamente y fueron barridos por la continuación de la lucha de clases, ya en el octavo mes de la revolución.

A la inversa, el bolchevismo no estaba contagiado en lo más mínimo por la creencia en el poder y en la fuerza de una democracia burguesa revolucionaria en Rusia. Desde el principio reconoció la significación decisiva de la clase obrera en la revolución venidera, pero su programa se limitaba, en la primera época, a los intereses de las grandes masas campesinas sin la cual -y contra la cual- la revolución no hubiese podido ser llevada a cabo por el proletariado. De ahí el reconocimiento (interino) del carácter demócrata burgués de la revolución.

Según su apreciación de las fuerzas internas de la revolución y de sus perspectivas, el autor no pertenecía, en aquel período, ni a la una ni a la otra corriente principal del movimiento obrero

ruso. El punto de vista adoptado entonces por el autor puede ser formulado de una manera esquemática como sigue: Correspondientemente a sus tareas más próximas, la revolución comienza siendo burguesa, pero luego hace que se desplieguen rápidamente potentes antagonismos de clases y sólo llega a la victoria si traspasa el poder a la única clase capaz de colocarse a la cabeza de las masas oprimidas: el proletariado. Una vez en el poder, el proletariado no quiere ni puede limitarse al marco de un programa demócrata burgués. Puede llevar a cabo la revolución sólo si la revolución rusa se prolonga en una revolución del proletariado europeo. Entonces se superará el programa democrático burgués de la revolución, junto con su marco nacional, y la dominación política temporal de la clase obrera rusa progresará hacia una dictadura socialista permanente. Pero si Europa no avanza, entonces la contrarrevolución burguesa no tolerará el gobierno de las masas trabajadoras en Rusia y empujará hacia atrás al país -muy por detrás de la república democrática de obreros y campesinos-. El proletariado, pues, llegado al poder, no debe limitarse al marco de la democracia burguesa sino que tiene que desplegar la táctica de la revolución permanente, es decir anular los límites entre el programa mínimo y el máximo de la socialdemocracia, pasar a reformas sociales cada vez más profundas y buscar un apoyo directo e inmediato en la revolución del oeste europeo. Esta posición debe ser desarrollada y fundada por este trabajo, reeditado ahora y habiendo sido escrito en 1904-1906.

El autor ha defendido, durante una década y media, el punto de vista de la revolución permanente, pero al evaluar las fracciones en lucha mutua dentro de la socialdemocracia cometió un error. Como entonces ambas partían de las perspectivas de una revolución burguesa, el autor creía que las divergencias de opiniones no eran tan profundas como para justificar una escisión. Al mismo tiempo esperaba que el transcurso posterior de los acontecimientos demostraría claramente a todos, por un lado, la falta de fuerzas y la impotencia de la democracia burguesa rusa, y por el otro lado, el hecho de que al proletariado le sería objetivamente imposible mantenerse en el poder dentro del marco de un programa democrático; y que, en suma, ello haría desaparecer el terreno de las divergencias de opinión entre las fracciones.

Sin pertenecer a ninguna de las dos fracciones durante la emigración, el autor subestimaba el hecho cardinal de que en las divergencias de opiniones entre los bolcheviques y los mencheviques figuraban, de hecho, un grupo de revolucionarios inflexibles por un lado, y por el otro una agrupación de elementos cada vez más disgregados por el oportunismo y la falta de principios. Cuando estalló la revolución en 1917, el partido bolchevique representaba una organización centralizada fuerte, que había absorbido a los mejores elementos entre los obreros progresistas y de la intelligenzia revolucionaria y que se orientaban, en su táctica, de completo acuerdo con la situación internacional y con las relaciones de clase en Rusia - después de una breve lucha interior- hacia una dictadura socialista de la clase obrera. La fracción menchevique, en cambio, había madurado, en aquella época, justo lo suficiente para realizar -como ya hemos mencionado- las tareas de una democracia burguesa.

Al editar de nuevo su trabajo, el autor desea, no sólo explicar aquellos fundamentos teóricos de base que, desde los comienzos del año 1917, le permitían a él y otros camaradas que estuvieron durante una serie de años fuera del partido bolchevique, a entrelazar su propio destino con el del partido (esta declaración personal no sería un motivo suficiente para una reedición del libro), sino también recordar aquel análisis histórico-social de las fuerzas motrices de la revolución rusa, según el cual la conquista del poder político por la clase obrera podía y tenía que considerarse como tarea de la revolución rusa -y esto mucho antes de que la dictadura del proletariado llegase a ser un hecho consumado-. El hecho de que ahora podamos editar sin modificaciones un trabajo escrito en 1906 y formulado en sus rasgos básicos ya en 1904, es una muestra convincente de que la teoría marxista no está del lado del apoyo

menchevique a una democracia burguesa, sino del lado del partido que de hecho realiza actualmente la dictadura de la clase obrera.

La instancia última de la teoría sigue siendo la experiencia. El hecho de que los acontecimientos en los cuales participamos ahora y las formas de esta participación estuviesen ya previstos, en sus rasgos básicos, hace una década y media, es una prueba irrefutable de que la teoría marxista ha sido aplicada correctamente por nosotros.

En el apéndice reproducimos el artículo La lucha por el poder que apareció en el periódico parisiense *Nache Slovo* [Nuestra Palabra]² del 17 de octubre de 1915. El artículo tiene una función polémica: en él se parte de la crítica de la “carta” programática del líder del menchevismo “a los camaradas de Rusia”, y se llega a la conclusión de que, en la década posterior a la revolución de 1905, el desarrollo de las relaciones de clases minaba más aún las aspiraciones mencheviques por una democracia burguesa, habiendo unido, por el contrario, mas estrechamente el destino de la revolución rusa con la cuestión de la dictadura de la clase obrera. ¡Hay que ser testarudo para hablar, todavía, después de una lucha ideológica de años, del “aventurerismo” de la revolución de octubre!

Cuando se habla de la relación de los mencheviques con la revolución, no se puede evitar el mencionar la degeneración menchevique de Kautsky, que expresa ahora en la “teoría” de los Martov, Dan y Tseretelli su propia decadencia teórica y política. Después de octubre del 1917 oímos decir a Kautsky que la conquista del poder político mediante la clase obrera, también sería la tarea histórica del partido social demócrata pero que -dado que el partido comunista ruso no ha llegado al poder entrando por la puerta ni a la hora prevista en el horario de Kautsky- se debería dejar la república soviética a la corrección de Kerensky, Tseretelli y Tchernov*. Esta crítica pedante reaccionaria de Kautsky, debe haber sorprendido aún más a los camaradas que han vivido con plena conciencia el período de la primera revolución rusa y que han leído el artículo de Kautsky de 1905-1906. Entonces comprendió y reconoció Kautsky (seguramente no sin la influencia bienhechora de Rosa Luxemburgo) que la revolución rusa no podría terminar en una república democrática burguesa, sino que tendría que conducir, dado el nivel alcanzado por la lucha de clases en el interior del país y la situación internacional del capitalismo, a la dictadura de la clase obrera. Kautsky hablaba entonces directamente de un gobierno obrero con mayoría socialdemócrata. No se le ocurría hacer depender el transcurso real de la lucha de clases de combinaciones superficiales y temporalmente limitadas de la democracia política. Kautsky comprendía entonces que una revolución comienza primeramente con el despertar de masas de millones de campesinos y pequeño burgueses, y ni siquiera de un golpe sino lentamente, capa por capa; que, en el momento en que la lucha entre el proletariado y la burguesía capitalista se acerca a su momento decisivo, se encuentran todavía amplias masas campesinas a un nivel primitivo de desarrollo político, dando sus votos a los partidos políticos de las capas intermedias, que precisamente reflejan únicamente el atraso y los prejuicios del campesinado. Kautsky comprendió entonces que el proletariado, una vez que ha llegado a la conquista del poder por la lógica de la revolución, no puede aplazar sus funciones arbitrariamente por un tiempo indefinido, ya que con esta renuncia dejaría el campo libre a la contrarrevolución. Kautsky comprendió entonces que el proletariado, si tiene el poder revolucionario en sus manos, no hará el destino de la revolución dependiente del estado de ánimo pasajero de las masas menos conscientes y despiertas, sino que, al contrario, convertirá toda la autoridad pública que se concentra en sus manos en un aparato de ilustración y organización de estas masas

² Diario ruso publicado en París de 1914 hasta 1917, sobre el que Trotsky ejerció una gran influencia, desde su llegada a París (1914), hasta su expulsión de Francia (1916).

campesinas más atrasadas e ignorantes. Kautsky comprendió que llamar a la revolución rusa una revolución burguesa y limitar sus tareas consecuentemente, significa no comprender nada de lo que pasa en el mundo. Reconoció correctamente, junto con los marxistas revolucionarios de Rusia y Polonia, que -si el proletariado ruso conseguía el poder antes que el europeo- debería aprovechar su posición de clase dominante no para traspasar urgentemente sus posiciones a la burguesía, sino para apoyar poderosamente la revolución proletaria en Europa y en todo el mundo. Todas estas perspectivas internacionales, penetradas por el espíritu de la doctrina marxista, no se hacían dependientes, ni para Kautsky ni para nosotros, de cómo y por quién votaría el campesinado en noviembre y diciembre de 1917 en las elecciones de la así llamada Asamblea Constituyente³.

Ahora, cuando las perspectivas trazadas hace 15 años han llegado a ser realidad, Kautsky niega a la revolución rusa el acta de reconocimiento con la argumentación de que no ha sido librada en la comisaría política de la democracia burguesa. ¡Qué hecho más asombroso! ¡Qué increíble envilecimiento del marxismo! Puede decirse con todo derecho que la decadencia de la II Internacional⁴ ha encontrado una expresión aun más horrible en este juicio filisteo sobre la revolución rusa de uno de sus más grandes teóricos, que a causa del acuerdo respecto a los créditos de guerra del 4 de agosto.

Kautsky desarrolló y defendió durante décadas las ideas de la revolución social. Ahora, cuando ha estallado, se aparta lleno de espanto. Se resiste al poder soviético en Rusia y adopta una postura hostil contra el movimiento poderoso del proletariado comunista en Alemania. Kautsky se parece desconcertantemente a un maestrillo de escuela miserable que describe, año tras año, en las cuatro paredes de su clase enmohecida, a sus alumnos la primavera y luego, cuando por fin al final de su actividad pedagógica, sale una vez a ver la naturaleza en primavera, no reconoce la primavera, se enfada (lo que pueda enfadarse un maestrillo de escuela) e intenta demostrar que la primavera no es ninguna primavera sino sólo un gran desorden de la naturaleza, puesto que atenta contra las leyes de las ciencias naturales. ¡Qué bien está que los obreros no se fíen de este pedante, equipado de tan alta autoridad, sino que se fíen de la voz de la primavera! Nosotros, los discípulos de Marx, seguimos convencidos, junto con los obreros alemanes, de que la primavera de la revolución ha empezado en completo acuerdo con las leyes de la naturaleza social y, al mismo tiempo, con la teoría marxista; ya que el marxismo no es el puntero de un maestrillo de escuela que está por encima de la historia sino el análisis social de las vías y formas del proceso histórico tal como se realiza en realidad.

No he modificado los textos de los dos trabajos impresos -de 1906 y de 1915-. Originariamente quería completarlos con notas que acercasen la representación al momento actual. Pero al leer el texto he abandonado este proyecto. Si hubiese querido entrar en detalles

³ Asamblea Constituyente de 1917: Tras la insurrección de Octubre se realizan las elecciones para la Asamblea Constituyente convocada en su momento por el gobierno provisional, que dan una mayoría relativa a los “socialistas revolucionarios” de derecha, partidarios de formar un nuevo gobierno de coalición con la burguesía. Mientras tanto con una amplia mayoría bolchevique, el Soviet sostiene al gobierno obrero y campesino. Las elecciones a la Asamblea no expresaron la relación real de fuerzas que el transcurso de la revolución había puesto en marcha. A comienzos de 1918 la Asamblea Constituyente es disuelta.

⁴ La II Internacional: fundada en 1889 como sucesora de la I Internacional. En sus inicios fue una asociación libre de partidos nacionales laboristas y socialdemócratas, en la que se nucleaban elementos revolucionarios y reformistas. En 1914, sus secciones principales, violando los más elementales principios socialistas, apoyaron a sus respectivos gobiernos imperialistas en la Primera Guerra Mundial. Quedó aislada durante la guerra pero resurgió en 1923 como organización completamente reformista.

hubiese duplicado con las notas el tamaño del libro, para lo cual, en la actualidad, me falta el tiempo; además, para el lector semejante “libro de dos pisos” hubiera sido incómodo. Pero creo que lo principal es que el razonamiento se aproxima, en sus rasgos esenciales, a la situación actual y el lector que se someta a la molestia de estudiar este libro con más atención completará, sin esforzarse, la representación con los hechos necesarios de la experiencia de la revolución actual.

L. Trotsky, 12 de marzo de 1919

Kremlin

Resultados y perspectivas.

Las fuerzas motrices de la revolución

San Petersburgo (en la cárcel), 1906

Para todos la revolución en Rusia llegó inesperadamente excepto para la socialdemocracia. Hacía ya mucho tiempo que el marxismo había pronosticado la inevitabilidad de la revolución rusa, que tenía que estallar como consecuencia del conflicto entre las fuerzas del desarrollo capitalista y las del absolutismo burocrático. El marxismo había predicho el contenido social de la revolución venidera. Al considerarla una revolución burguesa señaló que las tareas objetivas inmediatas de la revolución serían las de crear condiciones "normales" para el desarrollo de la sociedad burguesa en su totalidad.

El marxismo tenía razón -esto ya no necesita de ninguna discusión ni prueba. Los marxistas tienen hoy una tarea completamente distinta: reconocer, con ayuda del análisis de su mecanismo interno, las "posibilidades" de la revolución en desarrollo. Sería un grave error el equiparar simplemente nuestra revolución con los acontecimientos de los años 1789-1793 o del año 1848. Analogías históricas con las cuales el liberalismo se mantiene vivo no pueden reemplazar un análisis social.

La revolución rusa está caracterizada por particularidades que derivan de los rasgos muy especiales de nuestro desarrollo socio histórico y que nos abren, por su parte, perspectivas históricas completamente nuevas.

1789-1848-1905

La historia no se repite. Por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la gran revolución francesa, no por eso se convierte la primera en una simple repetición de la segunda. El siglo XIX no ha transcurrido en vano.

Ya el año 1848 presenta una gran diferencia respecto al año 1789. En comparación con la gran revolución, la prusiana o la austríaca sorprendieron por su falta de brío. Por un lado llegaron demasiado pronto; por otro, demasiado tarde. El gigantesco esfuerzo que necesita la sociedad burguesa para arreglar cuentas radicalmente con los señores del pasado, sólo puede ser conseguido, bien mediante la poderosa unidad de la nación entera que se subleva contra el despotismo feudal, bien mediante una evolución acelerada de la lucha de clases dentro de esta nación en vías de emancipación.

El primer caso se dio entre 1789 y 1793; toda la energía nacional que se había ido acumulando en la tremenda resistencia contra el viejo orden, se volcó por completo en la lucha contra la reacción. En el segundo caso, que hasta ahora no se ha dado en la historia y que consideramos solamente como una posibilidad, se produce, dentro de la nación burguesa, el grado de energía necesario para conseguir la victoria sobre las fuerzas oscuras del pasado, mediante una "discutible" lucha de clases. Los ásperos conflictos internos que consumen gran parte de sus energías y privan a la burguesía de la posibilidad de desempeñar el papel principal, empujan a su antagonista hacia delante, le dan en un mes la experiencia de décadas, le colocan en el frente más avanzado y le entregan las riendas tendidas, ocasión que él

aprovecha para, decididamente y sin vacilaciones, dar a los acontecimientos un ímpetu poderoso.

O una nación que se contrae toda ella como un león preparándose para el salto; o una nación que se ha dividido definitivamente, durante el proceso de la lucha, para dejar en libertad de movimientos a su mejor parte en orden a la realización de la tarea para la cual el todo entero ya no tiene fuerzas suficientes. Estos son dos tipos opuestos que, desde luego, se pueden contraponer en su forma pura sólo teóricamente.

Lo peor es, como en tantos otros casos, un término medio; en este término medio se encontró el año 1848.

En el período heroico de la historia francesa vemos delante de nosotros una burguesía ilustrada y activa que aún no había descubierto sus propias contradicciones. La historia le había confiado la tarea del mando, en la lucha por el nuevo orden, no sólo en contra de las instituciones anticuadas de Francia sino también en contra de las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Como consecuencia, la burguesía en todas sus diversas fracciones se siente conductora de la nación, compromete a las masas en la lucha, les transmite consignas y les señala la táctica de la lucha. La democracia unificó la nación bajo una ideología política. El pueblo -pequeños burgueses, campesinos y obreros- elegían burgueses como diputados y las tareas encargadas a ellos por las masas, estaban escritas en el lenguaje de una burguesía que era consciente de su papel mesiánico. Aunque también durante la revolución misma se destacan claramente antagonismos de clase, el ímpetu, una vez conseguido, de la lucha revolucionaria elimina política y consecuentemente los elementos burocráticos de la burguesía. Ninguna capa social es relevada sin haber transmitido antes su energía a las que le suceden. Así, la nación como un todo continúa la lucha por sus objetivos con medios cada vez más potentes y decididos. Cuando la crema de la burguesía adinerada se separa del núcleo del movimiento nacional puesto en marcha y se alía con Luis XVI, se vuelven las reivindicaciones de la nación, que a la sazón están ya dirigidas contra esta burguesía, hacia el sufragio universal, y hacia la república como formas lógicas e inevitables de la democracia.

La gran revolución francesa es, en efecto, una revolución nacional. Incluso más: aquí se manifiesta en su forma clásica la lucha mundial del orden social burgués por el dominio, el poder y la victoria indivisa dentro del marco nacional.

Jacobinismo es hoy una injuria en boca de los sabelotodo liberales. El odio burgués contra la revolución, contra las masas, contra la violencia y contra la historia que se hace en la calle, se ha concentrado en un grito de indignación y de angustia: ¡Jacobinismo! Nosotros, el ejército mundial del comunismo, históricamente hemos ya arreglado cuentas hace tiempo con el jacobinismo. Todo el movimiento proletario internacional de la actualidad ha nacido y se ha fortalecido en disputa con las tradiciones del jacobinismo. Lo hemos sometido a una crítica teórica, hemos mostrado su estrechez, hemos desenmascarado su contradicción social, su utopismo, su fraseología y hemos roto con sus tradiciones que, durante décadas, pasaban por herencia sagrada de la revolución.

Pero defendemos el jacobinismo contra los ataques, las calumnias y los ultrajes insípidos de que le hace objeto el liberalismo flemático y exangüe. La burguesía ha traicionado ignominiosamente todas las tradiciones de su juventud histórica, sus mercenarios actuales profanan las tumbas de sus antepasados y calumnian los vestigios de sus ideales. El proletariado defiende el honor del pasado revolucionario de la burguesía. El proletariado que, en la práctica, ha roto tan radicalmente con las tradiciones revolucionarias de la burguesía, las protege como herencia de grandes pasiones, de heroísmo e iniciativa y su corazón late lleno de simpatía hacia los hechos y las palabras de la Convención jacobina.

¿Qué es lo que dio al liberalismo su fuerza atractiva que no fuesen las tradiciones de la gran revolución francesa? ¿En qué otro período se elevó la democracia burguesa a tal altura, encendió una llama tal en el corazón del pueblo como lo logró la democracia jacobina, sans-culottes y terrorista de Robespierre en el año 1793?

¿No era el jacobinismo el que posibilitaba y posibilita todavía al radicalismo burgués francés de los diversos matices a mantener en proscripción hasta hoy en día a una inmensa parte del pueblo, incluso del proletariado -y eso en una época en que el radicalismo burgués en Austria y Alemania nutría su breve historia de actos inútiles y ridículos?

¿No es la fuerza atractiva del jacobinismo, su ideología política abstracta, su culto por la República Sagrada y sus declamaciones solemnes, de lo que se nutren todavía hoy los radicales y radical-socialistas franceses como Clemenceau, Millerand, Briand, Bourgeois⁵ y todos esos políticos, más incapaces todavía de conservar las esencias de la sociedad burguesa que los junkers de Guillermo II⁶, estúpidos por la gracia de Dios; junkers a los cuales envidian tan desesperadamente las democracias burguesas de otros países mientras, simultáneamente, denigran la razón y la fuente de su posición política privilegiada -el jacobinismo heroico- con calumnias? Incluso después de haber defraudado muchas esperanzas, siguió el jacobinismo viviendo como tradición en la conciencia del pueblo; el proletariado habló aún durante mucho tiempo de su futuro en el lenguaje del pasado. En el año 1840, casi medio siglo después del gobierno del "partido de la Montaña", ocho años antes de los días de junio del 48, Heine visitó varios talleres en el suburbio Saint-Marceau, y pudo ver lo que leían los obreros, "la parte más fuerte de la clase baja". "Allí encontré -así informó a un periódico alemán- varias ediciones nuevas de los discursos del viejo Robespierre, también de los panfletos de Marat por entregas, la Historia de la revolución de Cabet, la libélula venenosa de Cormenin, Babeuf y la conspiración de los Iguales de Buonarrotti -todos ellos escritos que olían como a sangre... Como fruto de esta siembra -profetizó el poeta- amenaza prorrumpir, más tarde o más temprano, desde la tierra francesa, la república."⁷

En el año 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel comparable. No era lo suficientemente dispuesta ni audaz como para asumir la responsabilidad de la eliminación revolucionaria del orden social que se oponía a su dominación. Entretanto, hemos podido llegar a conocer el porqué. Su tarea consistía más bien -de eso se daba ella cuenta claramente- en incluir en el viejo sistema garantías que eran necesarias, no para su dominación política, sino simplemente para un reparto del poder con las fuerzas del pasado. La burguesía había

⁵ Clemenceau, Georges (1841-1929): ocupó varios puestos en el gobierno francés, incluyendo el de Ministro de Asuntos Internos (marzo-octubre de 1926), Presidente del Consejo de Ministros (octubre de 1906-julio de 1909) y Primer Ministro (noviembre de 1917). Dejó la política luego de ser derrotado en las elecciones presidenciales de 1920. Millerand, Alexandre (1859-1943): fue excluido del Partido Socialista Francés en 1904 luego de formar un grupo de Socialistas Independientes. Fue elegido presidente de Francia el 24 de septiembre de 1920, puesto que mantuvo hasta que los partidos reformistas de izquierda llegaron al poder en 1924. Briand, Aristide (1862-1932): fue excluido del Partido Socialista Francés en 1906 por unirse al entonces gobierno "burgués". Fue Primer Ministro francés en muchas ocasiones entre 1909 y 1929, y Viceprimer Ministro durante 1914-15. Fue 17 veces ministro de Relaciones Exteriores de Francia, las más notables durante 1915-17, 1921-24 y 1925-31. Premio Nobel de la Paz en 1926. Bourgeois, León (1851-1925): Ministro francés en varias ocasiones, presidente de la Cámara de diputados y Jefe de Gobierno en 1895. Fue uno de los redactores del pacto de la Sociedad de las Naciones y miembro de la misma. Premio Nobel de la paz en 1920.

⁶ Guillermo II (1859-1941): emperador de Alemania desde 1888. Abdicó al producirse la revolución alemana de 1918.

⁷ Lutetia, carta del 30 de abril de 1840, en H. Heine: Obras y correspondencia, Berlín, 1962, tomo 6, p. 268.

extraído algunas lecciones de la experiencia de la burguesía francesa: estaba corrompida por su traición y amedrentada por sus fracasos. No solamente se guardaba muy bien de empujar a las masas al asalto contra el viejo orden sino que buscaba un apoyo en el viejo orden, con tal de rechazar a las masas que la empujaban hacia adelante.

La burguesía francesa supo hacer grande su revolución. Su conciencia era al mismo tiempo la conciencia de la sociedad entera y nada podía convertirse en institución duradera sin haber sido reconocido antes por esta conciencia como un objetivo suyo, como una tarea suya de carácter político. A menudo adoptó una actitud teatral para esconder ante sí misma la estrechez de su propio mundo burgués; pero seguía adelante sin embargo.

La burguesía alemana, en cambio, desde el principio en vez de "hacer" la revolución, se separaba de ella. Su conciencia se rebeló contra las condiciones objetivas de su propia dominación. No se podía llegar a la revolución con su concurso, sino contra ella. En su pensamiento, las instituciones democráticas se presentaban no como un objetivo de su lucha, sino como el peligro para su bienestar.

En el año 48 se necesitaba una clase que hubiese sido capaz de tomar en sus manos los acontecimientos, prescindiendo de la burguesía e incluso en contradicción con ella, una clase que hubiera estado dispuesta no sólo a empujar a la burguesía hacia adelante con toda su fuerza, sino también a quitar de en medio, en el momento decisivo, su cadáver político.

Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de hacerlo.

La pequeña burguesía urbana era no sólo hostil al ayer sino también al mañana. Estaba todavía encamisada en las circunstancias medievales -pero se veía ya impotente para mantenerse frente a la industria "libre"-; todavía configuraba los rasgos de las ciudades -pero ya cedía su influencia en favor de la gran burguesía y de la mediana-; ahogada en sus prejuicios, aturdida por el alboroto de los acontecimientos, explotada y explotando ella misma, ávida y desesperada en su codicia, la pequeña burguesía atrasada no podía ponerse a la cabeza de los acontecimientos mundiales.

Al campesinado le faltaba, en una medida aún mayor, una iniciativa política independiente. Desde hacía siglos avasallado, empobrecido y furioso, siendo siempre la encrucijada tanto de la vieja explotación como de la nueva, el campesinado representaba, en un momento determinado, una fuente rica en caótica fuerza revolucionaria. Pero desunido, dispersado, rechazado de las ciudades, los centros nerviosos de la política y de la cultura, apático, limitado en su horizonte a lo que le rodeaba de inmediato e indiferente frente a todo pensamiento urbano, el campesinado no podía tomar importancia como fuerza dirigente. A partir del momento en que le liberaban de la carga de las obligaciones feudales, el campesinado volvía a su inmovilidad y pagaba a la ciudad, que había luchado por sus derechos, con extrema ingratitud: los campesinos liberados se convertían en fanáticos del "orden".

La *intelligentzia* democrática, sin un poder de clase, se arrastraba pronto, como una especie de retaguardia política, a remolque de su hermana mayor, la burguesía liberal; luego, en momentos críticos, se separaba de ella para únicamente dar pruebas de su propia impotencia. Se enredaba en contradicciones insolubles y llevaba consigo esta confusión por todas partes.

El proletariado era demasiado débil, se encontraba sin organización, sin experiencia y sin conocimientos. El desarrollo capitalista había progresado lo suficiente como para hacer necesaria la abolición de las viejas condiciones feudales, pero no tan suficientemente como para permitir destacarse a la clase obrera -el producto de las nuevas condiciones de

producción- como una fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se había desarrollado demasiado en el marco nacional de Alemania como para que aún le fuera posible a la burguesía figurar intrépidamente con el papel de protagonista nacional; pero no se había desarrollado tanto como para que el proletariado pudiese hacerse cargo él mismo de este papel. Aunque los roces internos de la revolución preparaban al proletariado para la independencia política, también ellos debilitaban, al mismo tiempo, la energía y la unidad de acción, hacían despilfarrar infructuosamente las fuerzas y obligaban a la revolución, después de los primeros éxitos, a marcar el paso sin moverse del sitio para emprender luego la retirada bajo los golpes de la reacción.

Austria ha sido un ejemplo especialmente claro y trágico, de esta inexperiencia y del error que supone no llevar las condiciones políticas a sus últimas consecuencias durante un período revolucionario.

El proletariado de Viena mostró en 1848 un heroísmo asombroso y una energía inagotable. Una y otra vez se metía de lleno en la lucha empujado por un ronco instinto de clase, sin tener una idea general sobre los objetivos de la misma; saltaba de una consigna a la otra. La dirección del proletariado pasó -asombrosamente- al estudiantado, el único grupo democrático activo que tenía, gracias a su actividad, una gran influencia sobre las masas y, por consecuencia, también sobre los acontecimientos. Los estudiantes podían, si duda, luchar valientemente en las barricadas y fraternizar honrosamente con los obreros, pero eran incapaces de señalar la dirección de la revolución, posibilidad que la "dictadura" de la calle había colocado entre sus manos.

El proletariado, desunido, sin experiencia política y sin dirección política independiente, seguía a los estudiantes. En cada momento crítico los obreros ofrecían firmemente a los "señores que trabajan con la cabeza" la ayuda de los "que trabajan con las manos". Una vez convocaron los estudiantes a los obreros, otra vez les cerraron el camino al centro de la ciudad. Otras veces, en virtud de la autoridad política de que se revestía la "legión académica", les prohibían plantear reivindicaciones propias independientes. He aquí la forma clásica de la benévola dictadura revolucionaria sobre el proletariado.

La consecuencia de todo ello fueron los acontecimientos siguientes. Cuando el 26 de mayo todos los obreros vieneses siguieron el llamamiento de los estudiantes y se pusieron en acción para impedir que desarmaran a la "legión académica", cuando la población de la capital levantaba barricadas por todas partes, cuando se demostró asombrosamente patente y se apoderó de toda la ciudad, cuando la Viena armada tenía a Austria como respaldo, cuando la monarquía, que se dio a la fuga, había perdido todo significado, cuando, a causa de la presión popular, también las últimas tropas fueron mandadas retirarse de la capital, cuando el poder gubernamental de Austria era un objeto sin dueño, entonces, no hubo ninguna fuerza política para hacerse con el timón.

La burguesía liberal, conscientemente, no quería encargarse de un poder que había sido tomado de una manera tan rapaz; soñaba únicamente con el regreso del emperador, que se había retirado de la huérfana Viena al Tirol.

Los obreros eran suficientemente valientes para destrozar a la reacción, pero no lo bastante organizados y conscientes como para tomar posesión de la herencia de la misma. Existía un movimiento obrero potente, pero no había todavía ninguna verdadera lucha de clases desarrollada en la que el proletariado hubiese podido precisar sus fines políticos. El proletariado, incapaz de tomar el timón por sí mismo, tampoco podía inducir a la democracia burguesa a que realizara este gran acto histórico, ya que la burguesía -como ya tantas otras veces- se escondía en el momento decisivo. Para obligar a este cobarde a cumplir con sus

deberes, el proletariado hubiera necesitado, en todo caso, de la misma fuerza y madurez que para la organización de un propio gobierno obrero provisional.

En resumidas cuentas, una situación que un contemporáneo caracterizó muy acertadamente con las palabras siguientes: "En efecto, en Viena se ha edificado la república pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta de ello..." La república, de la que nadie se había enterado, desapareció para mucho tiempo y dejó el camino libre a los Habsburgo... Una ocasión, una vez que se ha desaprovechado no vuelve por segunda vez.

De las experiencias de las revoluciones húngara y alemana, Lassalle* sacó la conclusión de que, de allí en adelante, la revolución solamente se podía apoyar en la lucha de clases del proletariado.

Lassalle escribe a Marx en su carta del 24 de octubre de 1849: "Hungría tuvo la oportunidad, más que ningún otro país, de culminar felizmente la lucha. Entre otras causas, porque allí los partidos todavía no habían llegado a una separación y a un aislamiento tan radicales, al fuerte contraste que se da en Europa occidental; y porque allí la revolución aún estaba cubierta bajo la forma de una lucha nacional por la independencia. A pesar de eso, Hungría sucumbió y precisamente debido a la traición del partido nacional".

"Por lo tanto -continúa Lassalle en relación con la historia de Alemania durante los años 1848 y 1849- esto me ha servido de lección definitiva en el sentido de considerar que en Europa ya no puede terminar bien ningún combate que no sea de antemano una pronunciada lucha puramente socialista; que ya no podrá terminar bien ninguna lucha que implique las cuestiones sociales sólo como un elemento oscuro, como un fondo, presentándose por fuera bajo la forma de una insurrección nacional o de un republicanismo burgués."⁸

No vamos a detenernos en la crítica de estas decisivas conclusiones finales. En todo caso, son indudablemente correctas en el sentido de que, ya a mediados del siglo XIX, no se podía resolver la tarea nacional de la emancipación por la presión homogénea y unánime de la nación entera. Sólo la táctica independiente del proletariado, el cual sacase las fuerzas para luchar de su situación de clase y solamente de ella, podía garantizar la victoria de la revolución.

La clase obrera rusa del año 1906 no se parece en absoluto a la clase obrera de Viena del 48. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los soviets de diputados obreros. Aquí no se trata de organizaciones de conspiradores minuciosamente preparadas, que en un momento de exaltación se hacen con el poder sobre la masa del proletariado. No, aquí se trata de órganos creados metódicamente por esta misma masa en orden a la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos soviets, elegidos por las masas y responsables ante ellas, estas organizaciones incondicionalmente democráticas, practican una política de clase enormemente decisiva en el sentido del socialismo revolucionario.

Las particularidades sociales de la revolución rusa aparecen especialmente claras en la cuestión de la entrega de armas al pueblo. Una milicia (guardia nacional) fue la primera consigna y la primera adquisición de todas las revoluciones -1789 y 1848- en París, en todos los Estados de Italia, en Viena y en Berlín. En el año 1848, la guardia nacional (es decir, la entrega de armas a los propietarios y a los "intelectuales") fue una consigna de toda la oposición burguesa, incluso de la más moderada, pero su objetivo no era únicamente el de proteger las libertades ganadas o meramente "concedidas" contra los intentos de subversión desde arriba sino también la de preservar la propiedad burguesa de los abusos del

⁸Ferdinand Lassalle: Cartas y escritos póstumos, tomo 3, G. Mayer, Stuttgart-Berlín, 1922, p. 14.

proletariado. La demanda de una milicia era, por tanto, una clara exigencia clasista de la burguesía. "Los italianos sabían muy bien -comentó un historiador inglés liberal a propósito del acuerdo italiano- que el armamento de la milicia civil haría imposible una subsistencia del despotismo. Además era una garantía para las clases poseedoras contra una posible anarquía y contra cualquier clase de agitación popular"⁹. Y la reacción dominante, quien en los centros importantes no disponía del poder militar suficiente para poder combatir la "anarquía", es decir, las masas revolucionarias, armaba a la burguesía. El absolutismo permitió, por de pronto, a los burgueses oprimir y pacificar a los obreros, para luego él desarmar y pacificar a los burgueses mismos.

En Rusia, la reivindicación de las milicias no tiene ni el más mínimo apoyo de los partidos burgueses. En el fondo los liberales no pueden menos de comprender su importancia: en este sentido, el absolutismo les ha servido claramente de lección. Pero también se dan cuenta de que es absolutamente imposible componer una milicia sin o contra el proletariado. Los obreros rusos se parecen poco a los obreros del 48 que llenaron de piedras sus bolsillos y enarbolaban garrotes, mientras que los traficantes, los estudiantes y los abogados llevaban al hombro mosquetes reales y ceñían espadas.

Armar la revolución significa en Rusia, antes que nada, armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck¹⁰ con el único objeto de no tener que armar a los obreros.

En la colección de artículos El Estado constitucional, el manifiesto de la coalición liberaldemócrata, Dzvelegov dice con mucha razón, al discutir la posibilidad de un golpe de Estado, que "la sociedad misma tiene que demostrar, en el momento decisivo, su disposición a sublevarse para proteger su Constitución". Pero como de ahí resulta por sí mismo la exigencia de armar al pueblo, el filósofo liberal cree "necesario añadir" que para la defensa contra los golpes de Estado "no es necesario en absoluto que todo el mundo tenga preparadas las armas"¹¹. Lo único necesario es que la sociedad misma esté dispuesta a resistir. Sigue siendo desconocido por qué camino debe hacerlo. Si algo resulta claro de estas evasivas es que, en el corazón de nuestros demócratas, el miedo a la soldadesca de la autocracia ha sido vencido por el miedo al proletariado en armas.

Así la tarea de armar a la revolución recae con todo su peso sobre el proletariado. Y la milicia civil, la reivindicación clasista de la burguesía del 48, se presenta en Rusia desde el principio como una exigencia de armar al pueblo y sobre todo al proletariado. Con esta cuestión se pone al descubierto todo el destino de la revolución rusa.

⁹ Bolon King: Istorija ob-edinenija Italii [Historia de la unidad italiana]. Moscú, tomo 1, p. 220.

¹⁰ Thiers, Adolph (1797-1877): Historiador y estadista burgués francés, orleanista; jefe del poder ejecutivo (presidente del Consejo de Ministros) en 1871; presidente de la república de 1871 a 1873; fue el gran verdugo de la Comuna de París. Bismarck, Otto von Schönhausen, príncipe (1815-1898): Estadista y diplomático de Prusia y Alemania, representante de los junkers prusianos; primer ministro de Prusia de 1862 a 1871 y canciller del Imperio alemán de 1871 a 1890.

¹¹ El Estado constitucional, 1ª edición, p. 49.